

El sentido estratégico de la Hispanidad

Manuel GARCÍA ARÉVALO

El acelerado proceso de globalización y multilateralismo que hoy exhibe el mundo nos obliga a preguntarnos: ¿qué sentido tiene nuestra identidad hispana en el marco de esta nueva dimensión económica, social y política?

Más que nunca es éste un obligado ejercicio de reflexión, en una encrucijada cuajada de inquietante incertidumbre, provocada por la crisis de un desbordado e insaciable sistema financiero internacional, que va más allá del sentido del capitalismo como sistema productivo, para entrar sin ambages en lo meramente especulativo. Esta brusca caída en el crecimiento mundial ha tenido efectos devastadores en la productividad y el empleo, amenazando con reducir los logros alcanzados por los países hispanoamericanos en materia de expansión económica y lucha contra el hambre y la pobreza extrema.

En primer lugar, debe subrayarse que el descubrimiento de América dio origen a intensos y enriquecedores procesos de poblamiento e integración racial y cultural entre ambos mundos, antes separados por el Atlántico. Por eso, la fecha tiene trascendente significado histórico, pues marca el punto de partida de lo que hoy constituye la comunidad hispanoamericana, integrada desde hace más de quinientos años por ese formidable escenario geográfico y humano conformado por España y sus antiguas posesiones de ultramar. Ámbito donde la cultura hispánica, como rasgo de identidad compartido, desempeña un papel integrador de enormes dimensiones y posibilidades de concertación, intercambio, cooperación y solidaridad.

No olvidemos que al momento de las independencias de las nuevas repúblicas americanas, a excepción de Haití y Brasil, las ideas libertarias contra la metrópolis fueron expresadas en español. De este modo, si bien fue ésta la lengua

de la ruptura, también lo fue del reencuentro. Al hablar de la emancipación cubana, Alejo Carpentier ha señalado: «Conseguimos esa independencia —hay que decirlo— contra España, sin odio a España». Y al referirse al principal animador de la lucha independentista de Cuba, puntualizaba: «José Martí (...) jamás renegó de la cultura española, del idioma, de los clásicos, de todo lo que constituía el orgullo y la nobleza de España. Su combate fue contra el poder colonizador, y nada más». Porque, en definitiva, es más lo que nos une que aquello que nos separa, al compartir una misma herencia histórica. Basada en valores y principios que trascienden el vínculo colonial y se ven reforzados por la emigración desde España, a partir de 1880, trasvase poblacional que se ha revertido en las últimas décadas, al convertirse España en un polo de atracción para los emigrantes latinoamericanos.

De modo que el español, como afirma Carlos Fuentes, dejó de ser la lengua del Imperio para continuar ocupando una función de primer orden, como elemento vertebrador y lazo comunicacional de la comunidad hispanoamericana de naciones.

De hecho, la universalidad y el valor del idioma español, piedra angular de la hispanidad, es incuestionable. Hablado como lengua franca en la actualidad por más de 400 millones de personas, pasará a ser en 2030 el segundo idioma más hablado en el mundo, sólo superado por el chino. Lengua multiétnica, además de multinacional, el español adquiere cada vez más nuevos y relevantes perfiles, facilitando el alcance de la información, la divulgación cultural, la integración social, la interacción económica, la accesibilidad al mercado laboral y los movimientos migratorios. Constituyéndose en un factor de identidad, correlación, coherencia, expansión y progreso.

De modo que ese patrimonio común que es el español —«sangre de mi espíritu», como le llamara don Miguel de Unamuno— le da a nuestra comunidad de pueblos, tan diversos y distantes entre sí, un grado de cohesión, unidad y frente de acción que lo catapulta como recurso aglutinante y estratégico. Capaz de incidir en los foros internacionales, presentando una agenda propia de desarrollo que abogue con mayor protagonismo por la búsqueda de un nuevo orden, con reformas y regulaciones apropiadas, donde se garantice razonablemente el crecimiento económico, la sostenibilidad ambiental, la cohesión social y la estabilidad institucional y política de nuestros países y comunidades hispánicas.

El español, como lengua moderna, amplia y mancomunada, puede y debe incidir, como nunca antes, en los anhelos de progreso y democracia, para que la articulación en la escena mundial de nuestros pueblos en vías de desarrollo sea más favorable y menos desigual. Un factor vital y cohesionador que nos permita no sólo sobrevivir, sino competir y expandirnos adecuadamente, aprovechando las múltiples oportunidades que ofrece un mercado cada vez más globalizado.